

Nº51 JUNIO 2026

TENSAN MIS BRAZOS EN SENTIDOS OPUESTOS,
IMPROPERIOS Y UN SINFÍN DE MALOS GESTOS,
ENTRE EL FUEGO CRUZADO Y ARROJO DE TIESTOS...
DE MI SALUD MENTAL, SOLO QUEDAN RESTOS.

Hector García

Jardín 1 (Freire)



EN ESTE NÚMERO

Ariela de Campoamor
Situación
Alejandro Peña-S.
Eloy Calvo Pérez
Héctor García
El Rincón de Cristiane
Daniela Morán
M^a Judith Parra Gómez
Zulma Martínez
Evelio A. Pérez Fardales
Yuleisy Cruz Lezcano
Pepa Gorostidi
La Galería
Joaquín Díaz Májluf
Página 30
Convocatoria
Leyes de vida (Pág. 30)

Descarga tu ejemplar en
Escritordaniel.es

Ariela de campoamor



Con voz de Mujer

La calle del Dragón

Capítulo tercero. Corrían
los años ochenta.
A México lo han poblado
los dragones

Las noches de este verano salmantino, D'Artagnan, son cálidas, no demasiado, no sofocantes como las noches murcianas, pero sí son cálidas. La habitación donde me hospedo tiene una gran ventana, cuadrada y amplia, desde donde miro las estrellas cuando cae la tarde y se oculta el sol. La luna no alcanza a mirarse más que bien entrada la madrugada, ya que la tapan los altos edificios que se encuentran al otro lado de la calle y que apenas dejan advertir su resplandor durante las primeras horas de la noche, recortado detrás de sus siluetas. Miro las estrellas y hablo con ellas, les cuento de ti, D'Artagnan, de las alegrías y los placeres a tu lado. Les hablo de ti, de estos días, de estos meses; de estos años.

Hablo con ellas, tal como lo hacía desde mi habitación en el Mar Menor, en San Javier, Murcia. Recordarás a esa Murcia casi africana, dorada y cuasi tropical. Esa que, bañada siempre de sol, se habla de tú con el Mediterráneo y desde la cual me asomaba cada noche por mi ventanita de lunas y estrellas para acordarme de ti y de mi madre.

Ahora es ya casi final del verano y Salamanca me despierta con su frescura del alba, con su luz dorada de amanecer y con las campanadas de sus catedrales medievales, barrocas y churriguerescas. Nubes teñidas de rosa, de violeta y de naranja, recortadas sobre fondos azul celeste, frescor de amanecer que me obliga a cubrir mi cuerpo desnudo con el grueso cobertor color marfil que cuelga encima la cama. Somnolienta y errática, me levanto de la cama y, entre traspiés, tomo el cobertor, me envuelvo en él de pies a cabeza y vuelvo a quedarme dormida. Duermo profundamente un rato más y, no lo vas a creer, reapareces en mis sueños, D'Artagnan, así de irremediable es el amor.

Apareces de nuevo en lo alto del sol, en medio de esa maravillosa luminosidad diáfana de la mañana y entonces, con la luminosidad de este

brillante sol castellano, todas las dudas, todas las penas y todas las culpas se disipan. La mañana salmantina nace, tal como las promesas de vida, de amor.

Con mis dos piernas humanas de bailarina sigo recorriendo el mundo y esta mi amada España, que sigue cobijándome en lo que parece, mi eterno andar. Salamanca es bella, ya lo sabes, la conoces. Está sobrada de belleza, de arte y de Dios. Sobre todo, de Dios. Sus imponentes catedrales rasgan con sus altas, inmensas torres, sus cielos al ponerse el sol y el espectáculo de sus perfiles causa una impresión beatífica tan fuerte, que es capaz de conmover a cualquiera. Recortados cual estructuras fantasmales, esos perfiles coronados de agujas, sobrecogen corazones y almas perdidas. Convierten en fieles a los escépticos y consuelan a aquellos a quienes el amor parece haber olvidado.

Andando paso a paso con mis botas de tacón, anudadas con lazos en el frente, recorro Salamanca por sus callejuelas medievales, estrechas y oscuras. Me pierdo en sus bares y en sus cafés históricos e insignes, donde alguna vez se sentara a meditar sobre el mundo o la existencia o Dios, nada menos que un tal Miguel de Unamuno. Recordarás D'Artagnan a ese tal Unamuno, cuyo espíritu se quedó atrapado, absorto y ofuscado delante de sus propios pensamientos, mientras bebía un vaso de espumosa cerveza o una copa de generoso vino de la tierra castellana y esperaba el final de una guerra que tardó una eternidad en llegar, o que tal vez nunca acabó de llegar... Sigo andando y andando, mi mosquetero arrebatado, sigo andando sin parar y sin encontrarte.

Todos los días me entero, por las noticias o por las redes sociales, de cruentas noticias o sórdidos titulares que tienen que ver contigo. Me entero de lo que pasa en ese nuestro convulsionado país y en qué andas metido. Miro tu rostro entre encabezados y editoriales escandalosos y efectistas. Leo sobre la política en su total efervescencia o su total decadencia. Me entero de la lucha entre bancadas de políticos insaciables, furibundos y despiadados. Me informo sobre las finanzas

públicas y de la economía mexicana en su caída libre, su caída estrepitosa y suicida al vacío.

Leo sobre los índices microeconómicos, también sobre los macroeconómicos; números, estadísticas, ciencia pura y dura, desde la cual nunca se refleja la tragedia humana, cotidiana y personal de los ciudadanos comunes en su lucha por sobrevivir, por llevar el pan de cada día a casa. Me entero de los muertos, de los desaparecidos, los despedazados, las víctimas de las guerras entre los cárteles de la droga y el crimen organizado. Me entero del diario acontecer de nuestro desgarrado, destrozado México. Me entero de ti, de tus pasos y los de tus enemigos.

La política, D'Artagnan, es una eterna batalla, ya lo sé, hemos hablado tantas veces de ello. Una guerra a muerte, un conflicto existencial, sí, y también un engaño permanente. Una ilusión, un espejismo. Una sombra reflejada por la temblorosa luz de una vela. El mito de Platón. Sombras reflejadas sobre las piedras de una cueva oscura en la que se esconden en el fondo los dragones. Bestias expectantes que, desesperadas, acechan caminando en círculos como leones enjaulados. Giran de derecha a izquierda, esperan ansiosos el momento de salir a devorar inocentes. Tal vez esperan a que aparezca San Jorge bendito con su espada vengadora y justiciera para luchar contra ellos. Ya te lo he dicho, D'Artagnan, a México lo han poblado los dragones, así como a París, nuestro París, le han cubierto sus cielos con sus velos y el batir de sus alas.

Ahora, en México, los dragones se han salido de sus cuevas, han dejado atrás sus madrigueras y andan sueltos, destruyendo todo a su paso. San Jorge está abatido, ha guardado su espada y, encogido de hombros y temeroso, se ha escondido detrás de una roca al pie de un acantilado. Tal vez espera el momento oportuno para reiniciar el combate.

Un dragón negro, con franjas color malva en sus costados y rojos ojos centelleantes, ha cubierto la tierra y los cielos de México. Su panza es color rojo profundo, oscuro, como el de la sangre cuando se empieza a coagular. Tiene dos cabezas y las dos poseen un hocico gigante, poblado de enormes dientes y

colmillos afilados, así como una lengua enorme y serpenteante. Arroja fuego por sus dos horrendos hocicos y su aliento es azufre puro, insoportable. Sus orejas son puntiagudas y enormes, sus cuatro patas poseen garras temibles y su cola es inmensa, infinita y cuando la mueve, derriba todo a su paso, dejando atrás una enorme devastación.

Camina sin rumbo cobrando víctimas por aquí y por allá sin que nada ni nadie lo enfrente, sin que nadie le salga al paso para detenerlo. En una de sus cabezas lleva una corona roja y en la otra, una verde. La que porta la corona roja tiene la capacidad de engañar, de hipnotizar con sus ojos y el siseo de su lengua, de tal suerte que si lo miras por un rato y no tienes la precaución de cubrir tus oídos y tus ojos para no escuchar el siseo de su lengua o mirar la profundidad infinita de sus terribles ojos, te quedarás inmóvil y sucumbirás. Una vez hipnotizado e inmóvil, te devorará, irremediabilmente.

La otra cabeza, la que lleva la corona verde, verde brillante con incrustaciones de piedras preciosas, esa cabeza es aún más violenta y temible. Esa cabeza es violencia pura, arremete contra todo, sin orden ni juicio. Mata por placer y por locura, aunque también conoce la venganza, hay que decirlo, y hasta es capaz de actuar con estrategia. Conoce de métodos y procedimientos en su actuar criminal, por no hablar de la de la traición, que es su especialidad, es lo suyo. Sabe de traiciones más que nadie. Una vez que estás frente a ella, frente a esta cabeza violenta, traicionera y perversa, coronada de joyas y piedras preciosas, ya no tienes salvación, estás perdido. Tu destino está sellado y ya ni todos los ángeles del cielo podrían salvarte, vaya, ni siquiera San Jorge bendito con su espada vengadora y justiciera, puede hacer algo por ti. Estás perdido.

A México lo han poblado los dragones. Lo han poblado desde siempre, tú, yo y todos lo sabemos, siempre han estado allí, ocultos en sus cuevas y sus madrigueras, expectantes, traicioneros, violentos y asesinos.

Corrían los años ochenta. Era mitad de década. El trasiego de estupefacientes comenzaba a cobrar relevancia en el país como nunca antes. La demanda en Estados Unidos de marihuana y cocaína estaba en su punto más alto y los reyes del narcotráfico mexicano se volvían cada vez más poderosos. Yo, D'Artagnan, era apenas una adolescente, tenía quince años y, aunque no tenía noticia de tu existencia, soñaba ya con un amor como el tuyo: distante, platónico; imposible. Ya lo ves, desde siempre he sido una romántica, desde siempre un bicho raro, tú lo sabes.

Los árboles de las principales avenidas de la ciudad volvían a cubrirse de hojas y la temprana y tibia primavera Tapatía comenzaba a anunciarse con sus tonos rosados, naranjas, verdes y violetas. Como parte de una sociedad, de una clase media acomodada, apenas y me enteraba de lo que sucedía en aquel mundo oculto, subterráneo y cruel que yacía por debajo de nosotros. Era la Guadalajara de los años ochenta.

Una tarde, de regreso de la academia de danza, mi madre fue a recogerme a mí y a mi hermana menor, a Martha, al salir de clases en el coche con el chófer. Recuerdo que llevábamos ambas el uniforme de danza puesto: túnica blanca, tobilleras y zapatillas rosas ella y yo, túnica en negro, medias rosas, así como zapatillas en el mismo color. Cabello recogido en un moño alto, frente y nuca despejadas. Mi madre iba adelante, en el lugar del copiloto y nosotras atrás, compartiendo el asiento con mi enorme bolso de danza en el que guardara un tutú de ensayo y las zapatillas de punta. Estábamos en los primeros montajes de El Lago de los Cisnes, que presentáramos aquel verano siguiente en el Teatro Degollado.

El coche se detuvo en un semáforo en alto, en un cruce de dos de las principales avenidas de la ciudad, Avenida Vallarta con Américas. Era un mediodía caluroso, el chófer llevaba el cristal abajo, el brazo izquierdo afuera, en el que descansaba un cigarrillo entre los dedos índice y corazón de su mano, plácidamente reposando sobre la portezuela delantera del coche. Estábamos esperando el cambio a verde

del semáforo cuando un hombre armado se bajó de automóvil que estaba hasta adelante del semáforo, caminó hasta el coche de delante del nuestro y apuntó con un arma de alto poder hacia una de las ventanas traseras del auto. En ese momento alcanzamos a escuchar las detonaciones del arma entre los gritos histéricos de mi madre y el chófer diciendo; «Al suelo, al suelo». En un momento sucedió todo, en un momento, los disparos, los gritos, las lágrimas, el miedo.

Momentos después, se reincorporó y volvió a ordenarnos: «Al suelo, no se levanten». Todos los coches, atrás, a los lados, adelante, comenzaron a moverse lentamente, el semáforo cambió y, acto seguido, se pusieron en marcha a toda velocidad. Siguieron escuchándose gritos y llantos. Mi madre se encontraba en un estado de franca histeria y nosotras, mi hermana Martha y yo continuamos en el piso del asiento trasero del coche sin entender nada. El chófer metió reversa, derrapando, llegó hasta una calle lateral y escapamos de aquella terrible escena, al principio creo que sin rumbo fijo y después, cuando pareció calmarse todo, nos dirigimos por fin a casa. Nadie comentó nada, todos guardamos silencio y, tal vez secretamente, agradecemos en lo individual, permanecer con vida. Era aquella, una ciudad tomada por el narcotráfico en mitad de una década convulsa: los años ochenta.

Algunas noches la sensación de miedo nos embargada a mis hermanas y a mí, mientras, metidas en la cama escuchábamos a la distancia, detonaciones de las armas de alto poder. Allí, debajo de las sábanas, escuchábamos la voz de mi madre gritar desde su habitación: «No se levanten, sigan acostadas, no se muevan, no se acerquen a las ventanas».

En el camino al colegio, pasábamos todos los días frente a un kiosco que vendía periódicos y flores. Todas las mañanas, me entretenía tratando de leer los encabezados de los periódicos y las revistas mientras cambiaba el semáforo.

Recuerdo ahora el rostro de un hombre moreno que aparecía cotidianamente en los encabezados, un hombre con el cabello ensortijado, un bigote negro abundantísimo y

una barba mal recortada que parecía sonreír a medias, socarronamente, en las fotografías. Recuerdo vivamente que daba la impresión de desafiar con su mirada y su sonrisa retorcida al mundo entero. Su nombre era Rafael Caro Quintero, el príncipe del narcotráfico. Operación Leyenda, ¿te suena, D'Artagnan?
https://youtu.be/RpBCt3a_9O8?si=M41T1JpKp4za-80C

Encerrado en los penales de alta seguridad, junto a Ernesto Fonseca y Miguel Ángel Félix Gallardo, acusados de narcotráfico y de la espantosa muerte y tortura del agente de la DEA, Enrique Camarena, este príncipe del narcotráfico adquirió triste notoriedad y aún su nombre permanece fijo en la memoria y el imaginario mexicano. Veinte millones de dólares ofreció el Gobierno de los Estados Unidos por su cabeza en aquellos años y sostiene la oferta hasta hoy. Ningún otro capo ha merecido jamás tal distinción.

Aquella mañana de camino al colegio, sin embargo, no fue solo su rostro el que apareció en los encabezados de los diarios, aquella mañana aparecía también el rostro de una chica, una chica como cualquiera de nosotras, como mis hermanas, como yo, o como cualquiera de mis amigas o de las amigas de mis amigas. Como mis compañeras de pupitre o de la escuela de danza. Una chica de cabellos rizados y mirada clara que, curiosamente, no sonreía ni desafiaba a la cámara, sino más bien, parecía temerle. Debajo de estas imágenes, se leía un encabezado: «Sara Cosío ¿Romance o Secuestro?».

<https://youtu.be/67sufsN6DaE?si=6gK976yKS0xYSHkk>

https://youtu.be/RpBCt3a_9O8?si=M41T1JpKp4za-80C

Corrían los años ochenta.

A México, D'Artagnan, lo han poblado los dragones.

Editorial SITUACIÓN

“Hoy me entero que la revista cultural Vallejo & co, se despide con ¡Gracias y adiós!, después de 12 años.



Viendo esta revista, hay tanta gente que escribe en estos tiempos y hay una saturación de libros, que la mayoría acaban en la trituradora o reciclandose, todo el mundo escribe y todo es tan efimero y las revistas y periodicos más...(usar y tirar...).

En San Lorenzo de El Escorial, pueblo de la sierra noroeste de Madrid, han puesto en algunos parques del municipio, casetas para libros, para compartir libros, me parece una buena iniciativa fomentar la lectura, dejé un ejemplar de tu Itinerario Poético, Arbol de Lírica, entre otras propuestas para leer. Al día siguiente llegaron a manos de otro destinatario, espero que lo disfruten.

Después de leer tus libros de poemas y tu trayectoria, los dos libros que más me gustan son *Habitar la casa* y *Oxígeno para el descanso...*

¡¡¡Gracias por tu atención...!!! Un saludo, Freire”

Gracias por tu comunicación que creo que es de interés. Como lector he debido renunciar a leer cosas que pudieran ser de interés porque estoy agotado. Y lo mismo puedo decir como escritor, hartado de que escribir sea una moda y de que todo el mundo sea poeta. No hay espíritu crítico, son nuestras voces en el desierto, mensajes en una botella deseando encontrar un naufrago. Es raro ver por la calle alguien con un libro. Cuando leo un libro malo, y los hay créeme, opto por destruirlo a mi pesar ya que la sociedad está saturada por el mercado. Estas son mis impresiones. Un saludo. Daniel



Dibujo del Editor por Cristiane Ventre.

Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº51 Junio 2026

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378

Edición mensual de 32 páginas a todo color.

Precio: 8 euros en papel

Distribución gratuita via email a los 5 continentes, previa solicitud.

Descargable en la web escritordaniel.es

La Revista Caminante no se hace responsable de las opiniones y redacciones de los autores que la componen. La participación es libre y no remunerada. Los textos e imágenes enviados están sujetos al criterio del editor. El autor conserva los derechos sobre su obra.



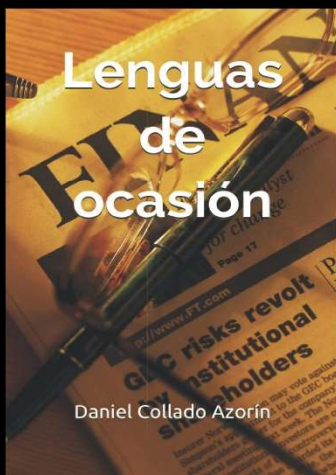
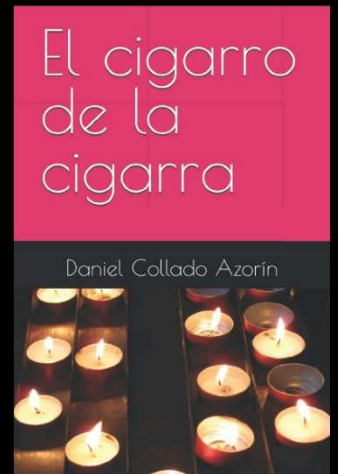
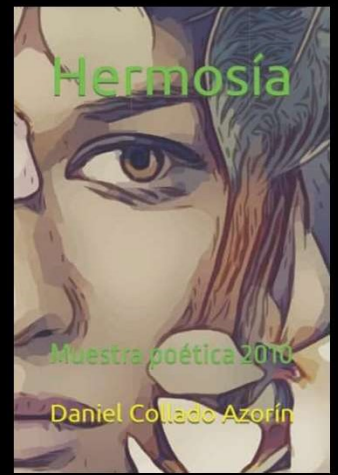
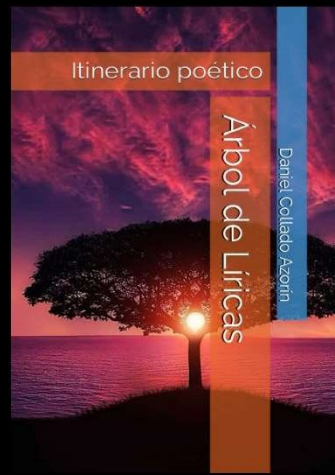
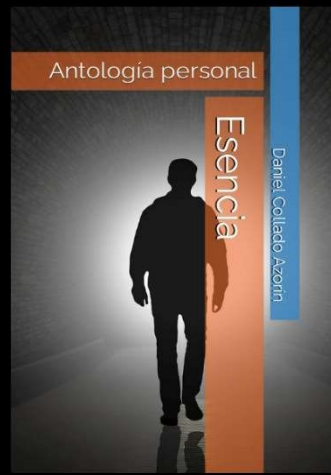
En el sur de lo viral Alejandro Peña- Sepúlveda **CHILE**

A través de los conductos aéreos hace ingreso al organismo. En menos de 30 segundos el germen invade el flujo sanguíneo, las plaquetas comienzan a caer de manera masiva y los glóbulos blancos y rojos se desintegran. El individuo se transforma en un ser absolutamente vulnerable ya que su sistema inmunológico desaparece. En esa condición en cuestión de horas el paciente puede morir. Pero el sistema general es tan potente, que el cerebro comienza a secretar una sustancia capaz de estimular de manera casi instantánea la médula espinal. El paciente vuelve a fortalecer su inmunidad, pero a costa de alterar su condición cerebral al nivel de un exclusivo funcionamiento de los principios básicos de la supervivencia. En otras palabras, se transforma en una bestia. Algo a favor, es que estos sujetos no pueden nutrirse; comerán, tendrán necesidades fisiológicas, pero no habrá regeneración, afortunadamente será hasta lo que dure el organismo en su proceso de autofagia.

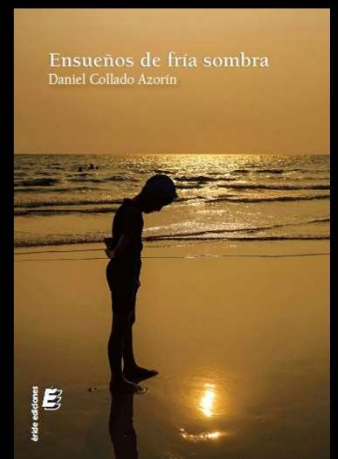
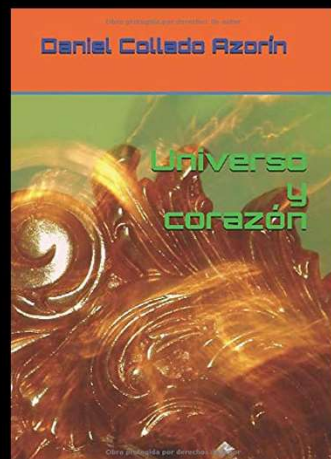
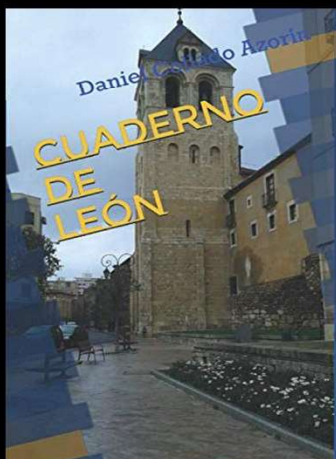
Los centros hospitalarios no daban abasto, personas de todas partes se acercaban en búsqueda de una cura o una solución. El pánico se había apoderado de los medios de comunicación, produciendo una histeria colectiva que poco a poco comenzaba a apoderarse de las calles. En la noche se registraron saqueos e inconvenientes usuales, pero ningún

caso del germen viral. El gobierno en alerta constante mantenía conectados en cadena nacional, todos los centros informativos intentando mostrar que la situación estaba en orden y bajo control. Toque de queda, militares en las calles, estado de excepción, el país era un lugar vigilado, pero nadie sabía del germen. Al tercer día a través de plataforma de RRSS se comenzaron a viralizar videos impactantes sobre gente con actitudes fuera de lo normal “mujer devora a su hijo en plaza pública de Ovalle” “Hombre defeca en las calles de Curicó” “Cacería de perros en San Felipe” etc. Nadie salía a las calles, el miedo se apoderó de la ciudadanía. Las instituciones comenzaron a fallar, porque la gente dejó de asistir a sus trabajos, nadie estaba libre del contagio. Ya no existía civilización.

Exactamente sesenta y un días después del primer contagio, en medio del caos total, se dejó de emitir señal de internet y el sistema de electricidad cayó por completo. Quiénes aún se mantuvieron saludables o con aspecto como tal, se acapararon en los edificios gubernamentales. Meses después, desde el cielo enrojecido del sur de sudamérica, un gran destello de luz impactó y el silencio se apoderó del continente.



escritordaniel.es



La Papelera de los sueños (VI)

Eloy Calvo Pérez

USTED SABE BIEN A QUIÉN ME REFIERO

Tras colgar el auricular no sabe qué pensar. Al inspector Soninké acaban de encomendarle un trabajo tan interesante que se jugaría la mano derecha a que una vez concluido, en el mejor de los casos, acabará en el cajón de algún remoto archivador en los sótanos de comisaría.

Alguien podría pensar que el inspector no confía en sus superiores y quizás no le faltara razón, pero si fuera el inspector Soninké quién diera su versión sería bien distinta pues, a la vista de algún trabajo que le había sido encomendado en los últimos tiempos y el escaso interés mostrado acerca de los resultados de las investigaciones, pareciera que son sus superiores quienes no confían en él. *Tiene diez días para presentarme un informe sobre las denuncias presentadas en nuestra comisaría por gentes con una rara orientación sexual... bueno usted ya sabe a qué me refiero.* En esos términos se expresó su superior directo y por supuesto que el inspector sabía.

Se refería a gays, lesbianas y transexuales, pero su estrecha moral y, lo que todavía era peor, su no aceptación de la legislación vigente le impedía denominarlos con los nombres con los que a estas personas se las conocía internacionalmente.

Convencido de lo inútil de recopilar la información que le había sido solicitada, el inspector Soninké no consideró preguntar el motivo del encargo. Imaginó que sería para acallar algunas protestas de los colectivos LGTB, pero en todo caso el motivo, fuera el que fuese, no le concernía e inmediatamente se puso a recopilar la información solicitada.

El inspector Soninké apenas había tenido contacto con los ambientes en los que solían desenvolverse las personas homosexuales y lo más cerca que estuvo de ellos fue una investigación por violación a una joven de 23 años a la que, según denunció en comisaría, violaron cuatro hombres después de haber observado cómo se besaba con otra mujer.

El inspector Soninké no desconocía que hasta 1980 la Fuerza de Defensa de Sudáfrica obligaba a los soldados homosexuales a someterse a tratamientos médicos para “curar” su orientación sexual. Tampoco que, en la sociedad post *apartheid*, seguían siendo muchos los que continuaban considerando estas orientaciones sexuales como una enfermedad.

Soninké no recuerda si fue en 1994 o 1995 cuando se legalizó la relación sexual entre hombres, pero sí que las mujeres lesbianas hubieron de esperar hasta 1996 para ver protegidos sus derechos.

La herencia del *apartheid* sigue estando presente en la sociedad que la sustituyó mucho más de lo que a muchos sudafricanos les gustaría. El inspector Soninké podría reconocer que la orientación sexual de sus compatriotas no es algo que le preocupe en exceso, pero ese desinterés y hasta cierto punto incomprensión de algunas tendencias sexuales no le hacen olvidar que la ley está para cumplirla.

Sobre la mesa del inspector descansan ahora algunas carpetas que recogen las denuncias recibidas a lo largo del año y que un agente, por indicación suya, ha tenido a bien ordenar. No son muchas, menos de una decena y una rápida ojeada le ha bastado para conocer que ni una de ellas acabó en los tribunales al no haber podido demostrar los damnificados, en ninguno de los casos, los hechos denunciados.

El inspector comienza a leer la primera denuncia. En ella, una mujer realiza un relato pormenorizado de cómo un hombre la siguió hasta los urinarios de un bar y después de encerrarla en uno de ellos le reprochó que utilizara la mano y la lengua para darse placer –así constaba en la denuncia–. Tras ello, se bajó el pantalón y sacando su pene le dijo que eso era lo que ella necesitaba. Por fortuna, el hombre no llegó a violarla.

Cuando lleva leídas unas cuantas denuncias el inspector Soninké reflexiona sobre lo difícil que parece poner de acuerdo a ciudadanos y legisladores. Suele ocurrir que los primeros no vean reflejadas sus demandas en las leyes, pero curiosamente no faltan ocasiones en las que la voluntad del legislador va muy delante de la realidad social. Cómo comprender si no la cantidad de agresiones sufridas por homosexuales en el que fue el primer país del mundo en proteger los derechos LGTB en su constitución.

Siempre lo había intuido, pero a medida que el inspector avanza en la lectura le va quedando claro que los hechos denunciados no solo afectan a todas las

capas sociales, sino que han tenido lugar en los diferentes ámbitos de la sociedad sudafricana, incluidas la iglesia y la escuela.

El pastor de mi iglesia al conocer que era lesbiana no dudó en asegurar que Satanás se había apoderado de mí. Así comienza el testimonio de Tendai, una mujer de 28 años a la que su familia y el pastor obligaron a tener un novio para alejarla de las garras del demonio, pero de lo que hasta ahora lleva leído el inspector lo más doloroso es el testimonio de Tanesha, una niña de 13 años. Un compañero de clase se pasaba el día llamándole *stabane*. El joven no quería significar con ello que su compañera tuviera pene y vagina, sino que utilizaba el término despectivamente para referirse a ella como homosexual. La joven aguantó los insultos durante meses, pero finalmente terminó contándoselo a su madre y esta acudió a la escuela a hablar con el director. Pocos días después, la madre cambiaba a su hija de centro tras escuchar del director que Dios no creó *stabanes* y que la ley debería permitir matarlos nada más tener conocimiento de que lo eran.

El testimonio de la joven Tanesha es demoledor y hace que el inspector Soninké se plantee, una vez más, lo mucho que todavía tiene que cambiar Sudáfrica para dejar atrás algunos de los demonios que horadan sus instituciones. Desde luego, el CNA tiene mucho trabajo por delante y el inspector solo puede desearle que toque la tecla adecuada y consiga que la melodía no suene desafinada. Han transcurrido tres horas desde que el inspector Soninké comenzara a leer las denuncias y se plantea dejar la lectura para otro momento, pero comprobar que solo restan dos le anima a continuar.

Curiosamente, como si hubieran sido colocadas allí *ex profeso*, serán las últimas denuncias las que más llamen su atención, pues siendo graves los hechos denunciados aún lo son más las personas que, supuestamente, los llevaron a cabo. Corresponden a las violaciones de un hombre y una mujer, gay él y lesbiana ella, realizadas en ambos casos, según los denunciantes, por agentes de policía.

Al inspector Soninké le habría bastado con conocer que los denunciados pertenecían al cuerpo de policía para considerar los hechos como muy graves, pero la lectura de los dos expedientes le mostró que se trataba de acciones todavía más reprobables.

En ambos casos se había tratado de una violación grupal. En las dos violaciones habían participado los mismos cuatro agentes y la de la mujer,

la segunda de ellas, había tenido lugar después de que, tras haber sido identificados por el hombre, los cuatro policías hubieran quedado libres de cargos y vuelto a patrullar, nuevamente, las calles.

Al recibir el encargo de elaborar un informe sobre las denuncias presentadas por homosexuales el inspector Soninké se había preguntado para qué diablos lo querrían sus superiores. Cuatro horas después, tras leer las dos últimas denuncias, no le cabe la menor duda de que el informe no saldrá de comisaría. Ahora bien, contrariamente a lo que pensó al serle confiado el trabajo, ve muchas más posibilidades de que termine en una papelera que en el fondo de un cajón. ¡Allá cada uno con su responsabilidad! Él, desde luego, lo redactará lo mejor que sepa y pueda.



Entre el fuego cruzado
Jotabé dodecasílabo

Me hago pequeño y de ambos yo me escabullo,
agotado me siento, entre tal barullo.

Tensan mis brazos en sentidos opuestos,
improperios y un sinfín de malos gestos,
entre el fuego cruzado y arrojado de tastos,
de mi salud mental, solo quedan restos.

De escudo y lanza soy usado al mismo tiempo,
harto estoy de esta guerra y ser pasatiempo.

Hoy, en un oscuro averno yo me zambullo,
pues solo soy un hijo de seres funestos,
quizá sea cierto, que nací a destiempo.

Héctor García

EL RINCÓN DE CRISTIANE



Llamando a un nuevo lugar mi hogar (IV)

Capítulo 3

Me llamo Daniel Alejandro nací el 1 de febrero de 1994, en una ciudad andina de mi país, Venezuela, soy un estudiante universitario de la ciudad de Valera, en el estado de Trujillo. Mi vida cambió radicalmente cuando me encontraba en un lugar y momento equivocado y tuve huir para salvar mi vida en los acontecimientos explicados a continuación.

En abril del 2022 iba camino a la universidad, por la zona panamericana, como cualquier día, casi llegando a mi destino presencié cómo unos sujetos encapuchados robaban a un señor mayor a mano armada, quitándole todas sus pertenencias, me acerqué y forcejeé con uno de ellos para evitar que le hicieran daño al pobre hombre, me golpearon y a uno de ellos sé que cayó la capucha, en ese momento salieron corriendo y no pude verle el rostro.

El crimen organizado en Venezuela ha florecido bajo el gobierno de Maduro, la banda Los Avezados de Trujillo y la organización criminal internacional El Tren de Aragua o Los Gatilleros del Tren de Aragua quienes también tienen relación con el gobierno y que han recibido apoyo de ellos para llevar a cabo sus actividades ilegales en todo el país, beneficiándose al ser un gobierno corrupto que ha transformado a Venezuela en un estado mafioso.

Después de ese incidente, mi vida se convirtió en una pesadilla constante, al principio pensaba que ese hecho no había sido importante. En mayo llegó una nota llena de sangre a mi casa que decía que este grupo armado sabía quién era y me amenazaron con

que si los denunciaba iban a matarme, caí en cuenta que ellos pensaban que yo les había visto la cara, pero no era así, en medio del momento y de la pelea, no pude verles la cara con claridad.

Asustado y muy preocupado por mi vida y la de mi familia; mi mamá, mi papá y mis hermanos fui a la policía, pero al no poder reconocer a los delincuentes ni mucho menos saber quién me había enviado la carta, no pudieron ayudarme y desecharon mi caso.

A los siguientes días de mayo, no podía caminar por las calles sin mirar para todos lados, siempre alerta y temiendo que de que esos hombres pudieran atacarme, en ese momento describí que los hombres que me buscaban eran parte la banda criminal El Tren de Aragua, una organización peligrosa y violenta que tiene su origen en el estado de Aragua en Venezuela. Este grupo delictivo es muy peligroso y la policía tiene dificultades para dismantelar la organización debido a que esta banda está relacionada con el narcotráfico, minería ilegal, extorsión, secuestro, robo, e incluso ciberdelincuencia y están liderados por ELN y la FARC, ya que se organizan en la frontera entre Colombia y Venezuela. Además, se sabe que el gobierno de mi país, ha sido acusado de tener vínculos con estos grupos criminales y de permitir la operación de actividades ilegales en el país, incluyendo a altos funcionarios del gobierno y personas poderosas.

Los milicianos del ELN en Venezuela se mueven con comodidad, tienen acceso a armamento militar pesado y constante capacitación que les permite controlar el contrabando, narcotráfico y la minería ilegal. Las ganancias que tienen de acciones ilegales no son investigadas, ya que existen acuerdos entre el gobierno y estas bandas criminales que operan en el país.

Llegado el mes de junio, específicamente el 1 de junio, sucedió el acontecimiento que me hizo darme cuenta que no podía permanecer un momento más en mi país, este grupo criminal entró a la fuerza en la casa de mis

papás, los ataron y me llamaron a mi teléfono celular para decirme que los tenían secuestrados y les apuntaban con un arma a cada uno, me decían que ellos pagarían el precio por haberme involucrado en sus asuntos.

Llegué a la casa de mis papás, pero ellos ya se habían ido, llorando y muy asustados, los abracé y fue entonces cuando supe que tenía que huir para salvar mi vida, al estar lejos ya ellos no tenían por qué temer. Lleno de miedo, decidí abandonar el país al día siguiente. Así que dejé todo lo que había construido en mi vida hasta entonces, mi familia, mis amigos, mi universidad, todo.

El 2 de junio salí de Valera, Trujillo y atravesé la frontera, entre México y Estados Unidos entrando al país el 2 de Julio del 2022.

Fue una decisión difícil, pero no había otra opción. Sabía que mi vida estaba en peligro y que tenía que hacer lo que fuera necesario para protegerme, vine aquí tratando de comenzar de nuevo, tratando de olvidar el pasado y buscando un futuro más seguro y tranquilo.

Desde que llegué a Florida, he vivido con miedo, de que los hombres del grupo armado o del gobierno me encuentren y terminen lo que no pudieron hacerme en Venezuela, no puedo evitar sentir preocupación por mi familia, que todavía vive en Venezuela y que aún están en peligro debido a todo lo que nos sucedió.

La violencia y la delincuencia se han apoderado de mi país, incluyendo la corrupción del gobierno y altos cargos políticos, lo que le ha permitido tener conexiones y protección a las bandas criminales como el Tren de Aragua, la FARC y el ELN adueñarse de las calles de Venezuela y convertir a los jóvenes en criminales para poder darles de comer a sus familias.



Daniela Morán

Maracaibo

RAMAS

SEPARADAS

MARÍA JUDITH PARRA GÓMEZ

Emma, frente al reflejo
Nunca pensé que volvería a ver a
Isabella. Ni a ninguno de ellos.
Siempre soñaba con ellos. No con sus
rostros, porque el tiempo se los llevó
temprano, pero sí con sus nombres.
Cuando volteé la mirada, supe que era
ella. Una parte de mí. Lo vi en sus ojos,
en las expresiones de su cara, en ese
mestizo color de piel y cabellos
ondulados.

-Aquí estás- me dijo, con la voz rota.
Nos sentamos. Las lágrimas llegaron
sin permiso, sin avisar.

Por primera vez en años, pude hablar
sin que el miedo me callara.
Les conté porque los entregué. Porque
pensé que era la única forma de
protegerlos. Les conté mis noches sin
dormir, mis lágrimas ocultas, mis
esperanzas rotas.

La gente suele juzgar desde la distancia.
Me dijeron que era cobarde, desalmada.
Pero nadie vivió mi infierno.

Nadie supo lo que fue parir en medio
de los gritos de un hombre borracho, o
tener que esconder a un bebé debajo de
la cama para que no lo golpearan.

Cuando supe que Isabella había
llegado, supe que sus hermanos no
tardarían en seguirla, sentí que el suelo
se abría bajo mis pies.

No fue culpa. No los regalé. No fue
abandono. Fue amor. Un amor tan
grande que dolía en cada fibra del
cuerpo. Los salvé como pude.

Tuve que elegir entre el dolor de
perderlos o el infierno de arrastrarlos
conmigo.

No podía darles un hogar sin violencia,
sin hambre, sin miedo.

Vivíamos entre sombras, con un
hombre que no sabía amar.

No podía ser la madre que ellos
merecían. Así que los solté.

No porque no los amara, sino porque el
amor también duele y a veces se
convierte en sacrificio.

A uno de ustedes no pude soltarlo.

A ti, Sergio, te arrastré conmigo sin
saber si eso te salvaba o te condenaba.

Isabella me escuchaba, y en su mirada
vi perdón, dolor y una chispa de amor
que nunca murió.

Cuando ella se fue supe que algo había
cambiado. Que ya no estábamos tan
rotos. Que la espera no había sido en
vano. Solo necesitábamos tiempo para
sanar juntos.

PENUMBRA

***PARECE, MI CORAZÓN, UNA ISLA OLVIDADA
EN BORRASCOSO MAR.***

***UN SILENCIO LÚGUBRE ENGULLE,
DE LA NOCHE, LAS MARIPOSAS NEGRAS,
CON SUS ALETEOS DE FANTASMAS
EN SINIESTRO VUELO.***

***LEVITA UN PERFUME DE FLORES VIEJAS
DIVAGANDO EN UN DOLOR OSCURO,
ATRAPADO EN TELARAÑA ESPESA.
UN VIENTO INEXPLICABLE SE CUELA
POR LOS RESQUICIOS DE LA MEMORIA
EMBARULLANDO LOS RECUERDOS.***

***HAY UNA PENA, UNA INMENSA PENA
CON SABOR A DERRUMBE,
A ESTRÉPITO INSUPERADO,
A CAÍDA EN PICADA,
A VERDAD AMARGA.***

***HAY UNA PENUMBRA VACÍA...
EN ESA RESPUESTA QUE NO LLEGA.***



ZULMA MARTÍNEZ

ARGENTINA.

Un chisme

Tenía un nombre muy bonito, se llamaba Jorge Luis. Era un mulato claro de pelo muy negro y totalmente lacio, y con un toque de morisco. Su piel aceitunada, para aquella fecha, era tersa y delataba un interior fibroso y musculoso. Jorge, a sus veinte y tantos años, había empleado la mitad de su vida visitando el hércules y “mechando”, es decir, haciendo “mancuerna”, “paralelas”, “barra” y todas esas cosas que hacen los jóvenes para ponerse fuertes, sexy y agraciados. Como consecuencia, y a causa también de la genética, tenía, de los pies a la cabeza, un bellísimo físico, que todo el mundo tenía que detenerse a admirar.

La genética había contribuido a esto. Por naturaleza su cuerpo estaba equipado con lo mejor que se podía tener. El ejercicio en la cultura física da el toque final, desarrolla sólo lo que existe en germen, pero no da las premisas apropiadas para la ejercitación. El hecho de que el maldito, en cambio, midiera aproximadamente 1,88 metros de estatura con unos 91 kg de peso, altura y peso casi perfectos para un joven, y con una arquitectura física lista para asimilar los ejercicios, que gustaba mucho de hacer, era solamente posible como un aporte de la naturaleza. Hay personas que se pasan la vida entera haciendo deporte y fisicultura y no ganan ni un ápice en forma física.

Su cuerpo, en cambio, era extremadamente agradecido, como si un dios lo hubiese tocado. Hacía ejercicios y de inmediato sus músculos los asimilaban, y al pasar relativamente pocos días ya la amplia y fibrosa musculatura se hacía permanente. Tenía perfectamente contorneados desde las pantorrillas y los muslos hasta el pecho, las extremidades superiores y la espalda. Sus brazos y antebrazos eran formidables macetas, con unos bíceps y unos tríceps escandalosos. Su cuello, además, donde apoyaba una elegante cabeza, era grande y grueso, con una nuez pronunciada. Y su abdomen, por su definición, parecía las teclas de un piano. Su espalda era ancha y vigorosa, formando una cuña, muy pronunciada, con su cintura, que era marcadamente estrecha, y que enseñaba un ombligo diminuto. Tenía unos pectorales, donde se perdían unas tetillas pequeñas y caprichosas, muy voluminosos, que nacían de una línea alba bien delimitada y llena de bellos, y que morían en unos hombros gruesos y fibrosos. Sus manos y sus pies eran grandes y fuertes, con dedos largos y gordos y con unas uñas bien formadas... Todo su cuerpo era una perfecta maquinaria esculpida a base de ejercicios en una naturaleza milagrosa.

Realmente, los dioses lo bendijeron por todas partes. En primer lugar, su cara mostraba una belleza clásica. El bellaco gozaba de perfección, en su rostro, de las curvas y de los arcos y de los contrastes que lo componían, haciendo que todo el mundo se detuviera para detallarlo. Era la estampa viva de una obra de arte plástica. Sus labios eran finos y sensuales; y su nariz, aguzada y chiquita. La dentadura, que destellaba marfil, era parejita y bien cuidada; y sus ojos, que alumbraban como luciérnagas en una oscura noche, eran negros como cuentas de azabache. Tenía unas cejas bien pobladas, que acompañaban perfectamente con sus largas y arqueadas pestañas. Y la mandíbula, con una cuadratura

perfecta, armonizaba con su barba espesa y con su boca, también sensual. Su tez, que era de una piel tan fina y delicada como la de un niño, no tenía ni granos ni cicatrices, sino que era totalmente lisa. Las orejas, que acomodaban perfectamente, eran chiquitas y pegadas a la cabeza... Jorge era un hombre bello. En segundo lugar, había sido dotado sexualmente, dotado tanto en el tamaño y la potencia de sus partes sexuales como dotado en el sexa piar que lo acompañaba.

En cuanto su sexa piar, era un sujeto que sudaba virilidad, masculinidad y hombría por todos los poros, cosa apetecida por las mujeres y por todos los que le gustan los hombres, como era él, machos y bien machos. Sus ademanes y maneras, y su porte y aspecto mostraban una personalidad hecha para el sexo dominante. En él no había ni pisca de amaneramiento ni de debilidad o afeminamiento. Su gestualidad era ligeramente tosca, mostrando una indomable varonilidad. Era un poquitico zambo, de modo que andaba con las piernas semi abiertas, lo que lo hacía, según sus amigas, más sexy aún. Caminaba elásticamente, dando pasos como los de un felino, denotando su agilidad y su fuerza, que eran excepcionales. Al andar, movía rítmicamente los brazos, con una amplia oscilación, como si estuviera haciendo un ejercicio físico... Por estos detalles y por otros que tenía su sexualidad exterior, los que padecían de androfilia lo buscaban como las hormigas al azúcar. Tenía un excelente sexa piar varonil y masculino.

En cuanto a sus genitales, se puede decir que eran excepcionales. Estaban muy bien dotados. Yo llegue a saberlo durante la convivencia con él. En múltiples y múltiples ocasiones, había podido observarlos personalmente, por curiosidad, en los distintos lugares en que coincidimos viviendo. En estos lugares, lo había visto muchas veces completamente desnudo y haciendo el amor, totalmente descubierto, con distintas mujeres. Yo había vivido con la compañía de Jorge más de veinte años.

Primeramente, conviví con él en el bachillerato, cuando vivíamos albergados en la misma habitación del preuniversitario, que era una escuela en el campo de las construidas por la Revolución; después, residí con él en la universidad, cuando cursábamos nuestras carreras respectivas, donde vivíamos, también, en el mismo cubículo; y, por último, conviví en su compañía, cuando vivimos conjuntamente muchísimos años en un cuarto de profesores de la universidad donde trabajábamos. En todos esos lugares pude percibir las grandes virtudes físicas de sus órganos sexuales.

Fue durante el trabajo con Jorge en la universidad donde la cosa se puso más al rojo vivo, en lo tocante a la convivencia con él y con sus intimidades. Él daba clases de anatomía humana y yo, de filosofía. En la universidad, vivíamos los dos solos en un cuarto para profesores. Era una habitación de 4x4 metros, ubicada en un primer piso de un edificio que tenía cuatro. Daba al frente por una puerta y ventanales a un pasillo, que salía al exterior, y, al fondo, a un baño y a un lavadero, a donde se accedía por una puerta trasera, que estaba situada en nuestro cuarto. En el local había un televisor, un refrigerador, un aire acondicionado y dos camas personales, cada una con su colchón de muelle, y que quedaban ubicadas una al lado de la otra, donde pernoctábamos. En una, en la que pegaba a la puerta de salida, dormía Jorge y en la otra, en la que pegaba al fondo, dormía yo.

Lo que ponía la cosa caliente era la vida sexual de mi amigo, que era, entre otras cosas, muy desordenada y muy promiscua, y la cual me arrastraba, a esas formas, también a mí. A mi compañero de cuarto le gustaban, al parecer, en demasía las mujeres. Todas las noches, por no decir también algunos mediodías, se me aparecía en el cuarto con una novia, y con la cual sexo hacía. En un inicio de nuestra convivencia, yo lo dejaba solo con ellas, para que disfrutaran el encontronazo. Pero, ante la forma repetitiva y prolongada del suceso, decidí no irme siempre del cuarto y permanecer por lo general descansando, la mayoría de las veces que esto sucedía, en mi cama. Con ello, tuve que soportar indefinidamente, por muchos años, los zafarranchos de él y sus amantes.

Cierto que yo, también, en ocasiones con una compañera me incorporaba a la fiesta. En estos casos, éramos cuatro personas desnudas y haciendo sexo en la habitación, lo que de hecho el festín tomaba la forma de una orgía, donde hasta bebidas alcohólicas se consumían, terminando las más de las veces en una borrachera. Jorge se aparecía en ocasiones con dos mujeres, una para él y otra para mí, para formar el festín. Si eran de distinto color, digamos que una blanca y la otra negra, él cogía la de piel clara y yo cogía la de piel oscura, aunque él no tenía frontera con el tipo de mujer ni discriminaba color alguno. A mí, por el contrario, me gustaban más las mulatas y las negras que las rubias.

Una cosa que a Jorge le gustaba mucho hacer, cuando éramos dos parejas, era pegar las camas personales para fabricar una sola cama camera, cosa que hizo muchísimas veces. La intención era, que las dos parejas se juntaran en una sola cama, formando, entonces, una verdadera orgía, que consistía casi siempre y normalmente, entre otras cosas, en un intercambio continuo, por nosotros, de las mujeres. Estando en una sola cama camera, intercambiar las mujeres era una cuestión que se hacía rápido y fácil, no así cuando las camas personales, con sus parejas respectivas, estaban separadas.

No siempre las mujeres, con las que formábamos la orgía, consentían en intercambiarse. Pero, las más de las veces, después de ciertas reservas, aceptaban hacerlo. En aquella época, tanto mi amigo como yo éramos jóvenes físicamente muy bien parecidos, de modo que a estas amantes no les costaba mucho trabajo acostarse y hacer el amor con los dos en la misma noche y en la misma cama.

Nosotros éramos, para aquellas mujeres que nos visitaban regularmente, dos sementales altamente cotizados, dos pies de cría codiciados, como son los toros padres en la ganadería extensiva. Nosotros teníamos un harén bastante grande de aquellas mujeres, que eran de todos los colores, edades y tamaños y que voluntariamente venían a visitarnos para satisfacer sus apetitos sexuales con el uso de nosotros dos, trayendo en ocasiones ellas, por su cuenta, bebidas y comidas. Jorge se sentía en aquel ambiente como un pez en el agua. Y yo lo secundaba.

Esporádicamente, la orgía se convertía en una cosa más compleja. Algunas veces, una de aquellas mujeres nos pedía que le hiciéramos el sexo nosotros dos a la misma vez. En ese caso, entre otras cosas, la tomábamos los dos al unísono por los distintos orificios sexualmente activos y descargábamos todo nuestro morbo, lo que era un verdadero festín. Otras veces, metíamos en la cama más de dos mujeres, tomando tríos o cuartetos de ellas para nosotros dos. De esta forma, armábamos todo tipo

de relajos. Nosotros en aquellas farras hacíamos las cosas más increíbles, lo que le gustaba a Jorge en sobremanera. Él me decía que así la orgía se ponía al rojo vivo. Jorge era un individuo creativo en el sexo.

Realmente, aquellos festines eróticos, que como norma duraban toda la noche, nos dejaban exhaustos. Y como las clases, que teníamos que impartir al otro día, eran, por lo regular, para los dos, por la tarde, dormíamos toda la mañana, posterior a la fiesta, hasta las 12.00 del mediodía o hasta más tarde. La más común que sucedía, era que nos despertáramos por el mediodía acostados juntos y desnudos en aquella improvisada cama, que no sobrepasaba el tamaño de una cama camera.

Como terminábamos exhaustos después de aquellas sesiones de sexo y alcohol, sólo teníamos fuerzas para bañarnos e inmediatamente acostarnos, casi siempre desnudos, así como Dios nos trajo al mundo, uno junto al otro como buenos amigos en aquella cama que habíamos fabricado con las dos camas personales. De hecho, el cansancio era tal que no teníamos fuerzas para deshacer post festín la cama que habíamos inventada, dejando el trabajo de separarlas para el otro día.

Sucedía que Jorge tenía un sueño muy, pero muy intranquilo. Tenía un mal dormir que le zumbaba. Se acostaba al hilo en la cama y se despertaba atravesado. Como consecuencia, cuando dormíamos juntos, durante el sueño, se me tiraba arriba y me aplastaba con su musculatura, robándome los espacios de la cama y de la almohada. Yo tenía, en aquellos casos, que apartarlo como pudiera, tratando de que me dejara tranquilamente dormir.

A veces, en esta situación, me abrazaba y me pegaba su falo, muchas veces erecto, o, en general, me rozaba con sus genitales. Con su forma intranquila de dormir, al dormir juntos, no había rincón mío que, con su miembro, no tocara y mortificara. Yo soportaba aquello con resignación y un poco de buen humor, pues también yo, al dormir en la misma cama que él, sin proponérmelo, lo rozaba y lo castigaba con mis partes sexuales y mis propias erecciones. En aquellos días tener una erección era, para él y para mí, como tomarse un vaso de agua fresca con sed. Siempre al despertarse, y sobre todo cuando se es joven, se tienen erecciones de esas.

Mi amigo era un sujeto muy, pero muy fogoso. Tenía en una noche de orgía de cinco o seis erecciones y eyaculaciones, antes de quedar agotado de testosterona. Pero ya pasado dos horas o, quizá, un poquita más de tiempo de descanso cargaba la batería y era capaz de empezar de nuevo. Y le era propio en cada eyaculación una abundancia anormal de semen. Él se jactaba de ello echando, para medir su cantidad, en una taza de café de mediano tamaño, la esperma que se sacaba durante una masturbación. Prácticamente la llenaba con una sola eyaculación. Yo, en cambio, después de pasar una noche de sexo me sentía aliviado y vacío o seco de esperma y no tenía la necesidad de tener más sexo por un largo rato. Su apetito sexual era tal, que yo llegué a pensar que era algo así como un psicópata o un maniático sexual. Siempre me estaba embullando para hacer una farra de aquellas, donde el sexo y el alcohol eran primordiales. Por suerte, ninguno de los dos fumábamos cigarrillos,

porque si no hubiéramos cogido candela de alguna manera por algún descuido provocado por nuestras borracheras.

Posiblemente la causa de aquella conducta hiper erótica de él era el formidable tamaño de sus testículos, que debían seguramente producir en gran abundancia testosterona. Eran mucho más grandes de lo normal. Cuando estaban relajados, colgaban flácidamente como un saco con dos pelotas de tenis dentro. Él estaba orgulloso de ello; los exhibía al caminar como si fueran un trofeo. Era de esos hombres que, al andar, esconden las nalgas, que por cierto las tenía pronunciados, y van mostrando, como en una vitrina, lo que tienen entre las piernas. Sus testículos eran tales que, al contraerse con la eyaculación, se quedaban aun de gran tamaño, como si fueran una toronja de esas corrugadas.

Tenía, por otra parte, también, un pene grande, siendo más largo, más gordo y más cabezón de lo común, cosa que se apreciaba muy bien cuando se dilataba con la excitación. Él decía que medía 19 cm de largo y 15 cm de grosor, y que su glande medía además 7 cm de tiro. Era, al igual que su escroto, de color endrino. Su glande parecía una pera francesa a la cual le habían dado dos tajos y sacado una lasca en forma de cuña; y su prepucio, que durante la erección completamente retrocedía dejando el cuerpo del pene en todos sus detalles totalmente al descubierto, parecía una vaina de frijoles de esas plantas leguminosas. Cuando Jorge caminaba desnudo por la habitación con el miembro parado, parecía que se iba a desbalancear o a perder el equilibrio. Realmente, no se sabía cómo sostenía aquella cosa desproporcionada, que amenazaba con tocar y quebrar el cielo. Al parecer, tenía una salud como un semental. Su miembro teso, además, se mostraba duro y fuerte, como un consolador profesional de esos artificiales. Él, para ostentar, cogía a veces un puñado de galletas de sal en la mano izquierda y con la derecha golpeaba con su glande a éstas y las desboronaba toditas de un solo pingazo, mostrando de esta forma su fortaleza. Su órgano, donde no sobraban ni faltaban venas y chichones, era una obra de arte hecha por la propia naturaleza.

Él, por otra parte, al hacer el sexo, usaba, con gran maestría, su miembro y su boca. Metía el pene por todos los orificios de aquellas compañeras, en las más diversas poses, dándole nalgadas y pellizcos, hasta que quedaban en un lamento y un quejido vivos. Golpeaba con él la cara de ellas, con todo el morbo del mundo, hasta dejarlas prácticamente lesionadas. Gustaba de todo tipo de sexo: vaginal, anal y oral, como si el cuerpo de la mujer fuera un objeto para someterlo a martirio. Retorcía, el cuerpo de la mujer en la cama, como si fueran contorsionistas de circo; y lo mordisqueaba hasta dejar la piel enrojecida. Se recreaba con los senos de la mujer dándoles caricias y chupones y gustaba de estimular su clítoris, su la vulva y su labio con su boca y su lengua... El físico de la mujer era, para él, íntegramente algo para morder y paladar.

Con aquellas propiedades en su boca y en el falo, hacía que las mujeres suplicaran que las poseyera, y provocaba que chillaran cuando las penetraba como unas condenadas. No había forma para que aquellas locas no formaran, durante la cópula con él, una gran algarabía. Me contaban ellas, cuando

yo les hacía bromas al respecto, que su miembro era una cosa tan, pero tan dura que las dejaban, cuando él les hacía el amor, locas de placer, de goce y de felicidad, y que, por eso, no podían dejar de chillar. La sexualidad irresistible de Jorge atraía a una fila interminable de mujeres libidinosas, lujuriosas y escandalosas. Yo me tenía que dormir, muchas veces, con aquel bullicio en aquel ambiente. A estos éxitos en el amor, contribuía su carácter. Él, con los hombres que se le acercaban, era, la mayoría de las veces, brusco y seco. No era, con ellos, muy amistoso. Pero, con las mujeres era cálido y amistoso. Siempre tenía para ellas una sonrisa pícara en los labios. Poseía el arte de endulzarlas y, entonces, obtener de ellas lo que quería. Hablaba pausado y sereno, como el que maneja muy bien el arte de las palabras, las cuales eran para las mujeres eternamente tiernas y cariñosas. Nunca maltrataba a una mujer; les cedía el puesto, y era atento con ellas. Su voz, que era gruesa, como un barítono que toca los acordes bajos, agradaba al oído. Le gustaba la música y se pasaba el tiempo con una melodía en la boca. Tenía una forma vivaracha, que incitaba a las mujeres a acariciarlo. Bailaba, como un condenado, en las fiestas públicas y en la intimidad, haciendo movimientos pélvicos elvispresleyanos. Era muy simpático; en todo momento tenía a mano una broma, que hacía que las mujeres aquellas se deshollajaran de la risa... Era un clásico cautivador, un perfecto seductor.

Posiblemente, su forma seca y brusca con los hombres se debía a que era homofóbico. Sentía por los homosexuales un profundo desprecio, que tocaba un miedo repulsivo y compulsivo. No entendía de eso de preferencias sexuales, sino que refería que pensaba que lo normal era el sexo heterosexual. No gustaba de amigos gay. Los mantenía a distancia, y, aunque no los agredía normalmente, no les daba entrada en la amistad. Pero, si uno se acercaba lo bastante y lo miraba mucho, se acomplejaba y entonces enfurecía maltratándolo. Eso le hacía ser, con los hombres, reservado y cauteloso, como si estuviera esperando perennemente que se propasaran con él. Tenía pocos amigos, los cuales se podían contar con los dedos de la mano. Su mundillo era, preferentemente, el de las mujeres. Era un mujeriego nato.

La íntima amistad conmigo era casi una excepción. Su conducta para conmigo era totalmente desprejuiciada. En ésta, el mostraba con toda fuerza y claridad su sexualidad. No tenía reparos de ninguna clase en hablar y hacer, en mi presencia, las cosas cotidianas más íntimas, como las de la vida sexual. Nosotros, particularmente en el tiempo en que vivimos en el cuarto de profesores, nos habíamos compenetrado tanto que éramos como una pareja que todo lo hace juntos: almorzábamos y comíamos juntos, nos bañábamos juntos, tomábamos ron y cerveza juntos... Si no fuera porque lo que nos juntó de aquella manera por mucho tiempo fue el sexo con mujeres, se podía decir que Jorge y yo éramos una pareja gay. No obstante, en aquel tiempo yo estaba convencido de la definición heterosexual de él. La convivencia con él por todo aquel largo tiempo me había hecho pensar que Jorge era un hombre heterosexual a toda prueba. Al menos, yo así lo pensaba.

Si no llega a ser por lo que me confesó en aquella tarde de borrachera, yo nunca hubiera pensado distinto acerca de Jorge. Nosotros, aquel día, habíamos comprado varias botellas de ron, de esas que

se llamaban "Relicario", y, después de tomarnos algunas, a solas en nuestra habitación, mi amigo ya hipeaba. Estaba en una total embriaguez, como pocas veces lo había visto. Yo había notado que él apuraba el paso entre trago y trago, como el que quiere emborracharse. Quizá lo pretendía para tener valor para decir las cosas, que sobrio no había tenía valor para decirme. Normalmente, él tomaba bastante y pocas veces se emborrachaba, pero aquel día parece que lo quería.

Cuando ya estaba madurito y sin inhibidores me dijo: Que él nunca había tenido sexo con un gay no porque no sintiera deseo de hacerlo, sino porque tenía miedo a que no pudiera contenerse y quisiera entonces que lo cogieran a él también por detrás, pero que ya no tenía miedo a que un hombre lo cogiera, que ya había encontrado valor para hacerlo. Que, además, él había evitado tener relaciones homosexuales toda su vida, reprimiéndose fuertemente, en parte, por temor a lo que dirían las personas que lo conocían, los amigos y la familia, pero que ya no aguantaba más aquella apetencia y que quería tener sexo con hombres, que ya se había sobrepuesto a aquel temor. Que él quería tener sexo conmigo, que yo significaba mucho para él, que yo era su hechizo, que mucho me amaba, que yo le había cautivado el alma, y que no podía vivir sin mi amor y sin mi compañía. Que tenía la necesidad imperiosa de confesarme se amor porque ya no resistía más la angustia de ocultármelo y vivir en aquella pesadilla todos los días, en que soñaba con que yo lo aceptaba como su pareja y encontraba la felicidad y la dicha conmigo. Que prefería apostar a perderlo todo o a ganarlo todo, arriesgándose a que yo lo rechazara, a vivir en aquella agonía en que yo lo tenía, de estar de mí tan cerca y tan lejos al mismo tiempo sin poder tenerme completamente...

A Jorge, mientras hablaba declarándome su amor, se le salían las lágrimas, que rodaban por sus mejillas como un milagro de Dios; la voz le temblaba, como si tuviera una enfermedad o fuera un anciano; la emoción lo envolvía y lo embargaba; los nervios se le ponían a flor de la piel; las manos también le temblaban agitándolas. Él, a medida que se desahogaba con su comunicación, respiraba profundamente sin mirarme de frente a la cara, como quien comete un pecado. A él los ojos, con las pupilas más negras y brillantes que nunca, se le enrojecieron; los pies se le movían rítmicamente, como quien no los puede contener. En este estado, sacudía la cabeza, como quien espanta los insectos... Después de calmarse un tanto, empezó, entonces, a conversar conmigo sobre lo que representaba para él nuestra relación y de cómo él la había manipulado. Seguidamente, me pidió encarecidamente disculpas por todo ello, y me dijo, ya muy serio y relativamente ecuánime, que: si yo lo rechazaba y lo desprestigiaba, se quitaba la vida, se suicidaba, que no sobreviviría a mi desprecio.

Él, que era un hombre psicológicamente fuerte, con una firmeza de carácter pocas veces vista, se veía de momento flaqueando, débil ante las circunstancias. Él, que era un hombretón bien macho, se estaba degradando de momento y rebajando moralmente a la condición, anteriormente despreciada por él, de un gay. Era una situación para él, por su condición anterior de heterosexual, un tanto humillante. Había tenido que deponer, ante mí, su hombría homofóbica; abdicar de todo lo que había sido él históricamente. Él, que era un guapetón, estaba llorando y rogando por mi amor. No era fácil

para él hacer aquella confesión ni pedirme suplicándome que le correspondiera en sus sentimientos hacia mi persona. Seguramente, lo pensó mucho antes de hacerlo. Lo nuevo ahora era que ya no aguantaba más la situación que el mismo había creado. Se había quebrado su filosofía de represión sexual, y yo era el móvil de aquella encrucijada. Jorge había llegado al final de un callejón con una única salida.

En aquellas circunstancias estresantes, yo escuchaba atentamente, con una santa paciencia, lo que Jorge me decía. Más aún, trataba de calmarlo incitándolo a que hablara y dijera todo lo que sentía, buscando que se desahogara internamente. Intentaba que se sedara, al yo asentir con la cabeza, en señal de que le comprendía. Todo lo que yo atinaba a hacer era buscar la forma en mi comportamiento que menos sufrimiento a él le causara. Yo no quería, bajo ningún concepto, hacerle daño; que se viera, en aquella situación tan frágil para él, grandemente perjudicado.

Yo sentía un profundo aprecio por Jorge. Me había demostrado durante nuestra convivencia por muchos años ser, entre otras cosas, un amigo íntegro, fiel e incondicional. Él era para mí, hasta aquel día, el íntimo amigo confidente, con quien compartía todos los secretos de mi vida, y con quien compartía toda la vida diaria, en sus triunfos y fracasos. Yo había pasado la mitad de mi vida desarrollando y cultivando la amistad con Jorge. No podía no quererlo como amigo; no podía no sentir cariño por él. Ya él había entrado a mi vida como un buen hermano. Tenía, entonces, que ser en aquella situación todo lo comprensivo que se puede ser, aunque no hubiese aún interiorizado bien la nueva realidad de los hechos.

A mí aquella situación me cogió, prácticamente, desprevenido, totalmente por sorpresa. Yo no podía creer lo que estaba oyendo con mis oídos. Nunca esperé que una cosa así pasara con Jorge; que albergara aquel sentimiento especial de amor hacia mí. Los muchos años de convivencia me habían hecho pensar que su sentimiento por mí era de una franca y sincera amistad. Ahora, después de aquella revelación de mi amigo, ya las cosas serían algo distintas entre nosotros. Ahora me veía en la situación en que debía cambiar mi opinión acerca de la sexualidad de Jorge y en que era necesario hacer una reevaluación del significado de nuestra relación, en cuanto a los sentimientos que, de ahora en adelante, la moverían.

Debo reconocer que, ante aquella encrucijada sentimental en que me había metido Jorge, estaba, internamente, desconcertado, aturdido. La salida del closet de mi amigo me dejó de inmediato perturbado, sin saber, de aquello, qué pensar, qué decir y qué hacer. Después, al pasar cierto tiempo, reaccioné; y tomé mi decisión.

Evelio A. Pérez Fardales

Miami

La poesía y sus saetas

Si pruebo a decir
 qué es para mí la poesía,
 sin consagrar la palabra
 que carece de pasión
 a las espinas de laureles,
 sin apartar el misterio, la fuga
 lastimosa de un tormento,
 sin la ciudad donde nací
 que me arroja flechas
 y me deja sus saetas
 en la piel encarnada.
 Podría decir que es poesía
 sin comunicar nada que distinga
 el cúmulo deshecho que transforma
 en imperfección desnuda
 el cine mudo del recuerdo
 que hace grande mi silencio,
 la lluvia que duele en los huesos
 y que anuncia sus pasos
 de un golpe convertidos en cáliz.
 Si pudiera, para definir la poesía,
 iría donde las salvajes ménades
 sacian la sed
 para navegar en la embriaguez
 de la ingrátida palabra
 que corre para robar
 las estrellas que recogí
 en los charcos.

Yuleisy Cruz L.

Italia

LA PINTORA DEL MAR

Pepa Gorostidi

Le gustaba sentir el olor del óleo en sus dedos. Faltaban algunos retoques y la pintura no se había secado del todo, pero ya intuía el resultado final. Sabía que era su obra cumbre, su triunfo definitivo, su consagración como la mejor pintora de todos los tiempos.

Podía ver una imagen y plasmarla casi con exactitud fotográfica. Paisajes, bodegones, marinas, escenas religiosas..., todo era representado con líneas sutiles y ambiguas que iban tomando vida a través de mezclas de colores que los pinceles estampaban en el lienzo con la maestría precisa de un experto.

Aún recuerda cómo empezó todo: Fue una mañana calurosa cuando vio el mar por primera vez. Imposible expresar con palabras tanta grandeza, tanto azul, tanta espuma blanqueando la orilla y plateando el horizonte. Imposible frenar el escalofrío que le recorrió la espalda y se transformó en asombro, fascinación, embebecimiento, éxtasis frente a tanta belleza. Imposible contener las lágrimas silenciosas ante semejante espectáculo. Le bastó un carboncillo y un papel tosco y rugoso para inmortalizar aquel milagro a través de su mano infantil. Trazos sueltos y ligeros dibujaron los contornos de las formas iniciales, después, sombras arrojadas, claroscuros, líneas de encaje invisibles, texturas, manchas borrosas e imperceptibles difuminadas con sus pequeños dedos, luces renaciendo del burdo pliego dotándolo de vida y de magia. El padre no pudo ocultar su sorpresa. Lo miró de cerca, se alejó para ver el conjunto, volvió a aproximarse y le dedicó una sonrisa repleta de admiración. No es

real, no tiene color, dijo la niña decepcionada. El hombre la proveyó con urgencia de todo el material que consideró necesario para dar rienda suelta a su genialidad y, tres días más tarde, una gama de verdes, azules, blancos, grises y negros compuso un mar tan real que parecía tener movimiento.

A aquel primer cuadro lo siguieron otros muchos.

Todos contemplaban embelesados la rapidez y la facilidad con que la pequeña creaba sobre la tela cuantas imágenes alcanzaba su vista. Se consagró como la mejor pintora de la época y, a medida que se hacía más prolífica, su talento se acrecentaba y con él, la lista de coleccionistas y apasionados de la pintura que esperaban, con nerviosismo y fajos de billetes en los bolsillos, adquirir alguna obra de la joven artista.

La fama atrajo a multitud de pretendientes que su padre se afanaba en espantar, temeroso de que algún moscón la apartara de su profesión y la espléndida economía familiar se viera mermada. Sin embargo, el amor pudo más que la avaricia paterna y contrajo matrimonio con un marchante de arte, recién estrenada la mayoría de edad.

Tras la boda llegaron los hijos: Siete en once años más el fetito que nació muerto en cuarto lugar. Lo quiso pintar (le habría dolido menos el alma), pero los tubos de pintura se secaron en algún cajón olvidado de la casa. El caballete cedió su espacio a dos cunas cuando llegaron los gemelos y se almacenó en el desván, junto a los trastos viejos. Aquellos fueron años alegres y tristes en la misma medida. Quería a sus hijos y la hacía feliz verlos crecer, pero, cada noche, tomaba en sueños el pincel y mezclaba en su paleta imaginaria los colores infinitos que le quedaban por pintar.

Los años le regalaron la soledad que necesitaba para desempolvar los lienzos en blanco que el olvido hizo amarillar. Y, una

mañana, una anciana desconocida la miró y la sonrió. Sus cabellos eran blancos como la espuma del mar de su infancia y plateados como el horizonte manso. Poco a poco la tela desnuda comenzó a llenarse de trazos, curvas y líneas multicolores. Dos días más tarde, completó su obra cumbre.

Antes de despedirse de la mujer que le había servido de modelo, quiso acariciar las ondas marinas de su cabello, pero su mano chocó contra el vidrio frío del espejo.



La Galería Freire



Consulta

Garmendia usaba unos lentes bastante viejos y se mantenía pegado a la puerta, la que daba hacia fuera, no la del patio, como queriendo entrar pero sin que nadie lo vea hacer los pasos que lo trasladarían desde el pasillo hasta el consultorio. Con su dedo pulgar acariciaba la calculadora que llevaba pegada al pecho, de su lado izquierdo, cerca del corazón, que seguramente sin ser propósito me resultó un bonito detalle. Movía su cabeza como un extraterrestre que no sabía a dónde había llegado y tuvo que esperar a que una de las enfermeras que estaban en la recepción se acercase a él para que se animara a pasar. Lo hizo, y mirando a cada instante el suelo, sin tocar a la señora canosa que le había ofrecido el brazo con una sonrisa, solo usándola de escudo humano, pensando que las miradas se centrarían en ella, que le llegaba apenas al hombro. Se escuchó al doctor saludarlo y se cerró la puerta.

Garmendia sacó la calculadora de su pecho (parecía una operación a corazón abierto) al mismo tiempo que se quitaba el saco marrón y lo dejaba sobre la silla. Acarició su poco poblado bigote y amagó a sentarse, pero se quedó parado. Gómez, el doctor, recibido hace unos diecisiete años y doctor predilecto de Garmendia hace veinte, cuando ya estaba cerca de recibirse, suspira y pretende terminar con la consulta lo más rápido posible. Lo mira de arriba abajo y trata de descifrar con que le saldrá ahora, pero cuando se distrae ve que Garmendia ha apoyado uno de sus pies en la silla y se sube el pantalón hasta la altura casi del gemelo, señala su tobillo y dice que siente un dolor crónico desde hace días, que no puede dormir y que cada paso que da al caminar le duele, que estaba muy avergonzado y que por esa razón es que tuvo que esperar a la enfermera para que lo acompañase, para evitar que su renga se note. Gómez piensa en que la otra vez tampoco quiso entrar solo, y que había sido por un dolor de estómago, que lo hacía tener ganas de ir al baño cuando movía un pie, y que si justo al caminar hacia el consultorio le ocurría...

Gómez tenía veintiún años al conocer a Garmendia, cuando no le quedó otra que sentarse junto a él en una clase de Anatomía II. Garmendia se entretuvo durante toda la clase viendo con la calma y la placidez que Gómez era capaz de dibujar un cuerpo

humano. Contó que a veces le daba pánico la cantidad de enfermedades a las que éramos proclives. Al terminar le pidió el dibujo, y Gómez se lo dio, dijo que no tendría

problema en hacer otro y que en verdad disfrutaba dibujar. Al llegar a Anatomía III ya eran amigos y Garmendia se llevaba cada clase los dibujos de Gómez, que en la parte de atrás de estos tomaba apuntes que alegaba no necesitar, que cuando llegaran los exámenes tendría que hacerlos otra vez. Garmendia desde ese momento ya intentaba en vano que su bigote fuera prominente. Ya desde ese momento Gómez pasó a ser el médico de cabecera de Garmendia, antes de ser médico. Con el tiempo Garmendia dejó de aparecer en las clases.

Garmendia agarró la calculadora en un rápido movimiento y le consultó si la dosis de diclofenaco que estaba tomando al día era suficiente, porque pensaba que si en vez de regular las dosis cada ocho horas lo pasaba a cuatro, y que si los gramos pasaban a ser tantos... Gómez dejó de escuchar, solo anotaba la receta, ponía exactamente lo que Garmendia quería que pusiera, al igual que la vez anterior. Parecía no darse cuenta.

Seguía hablando mientras pasaba a desnudarse el otro tobillo, para compararlos, para que Gómez comprendiera la gravedad del asunto, que parecía no entender, según él. Gómez asintió y le entregó la hoja. Detrás, como siempre, un dibujo del cuerpo humano.

Joaquín Díaz Májluf

Página 30 Visto en redes



salvador_timoteo

Sugerencia para ti

Seguir



Las figuras literarias (también llamadas figuras retóricas) son formas especiales de usar las palabras para embellecer el lenguaje, expresar ideas de manera más creativa, divertida o emocionante. Se usan mucho en los cuentos, poemas y canciones.

Infografía realizada por el docente Paolo Astorga

<p>Metáfora</p> <p>🔍 Qué es: Compara dos cosas diferentes sin usar "como".</p> <p>✦ Ejemplo: Tus ojos son dos luceros.</p> <p>✅ Significa que sus ojos brillan mucho, como estrellas.</p> 	<p>Símil</p> <p>🔍 Qué es: Compara dos cosas usando "como", "parece" o "semeja".</p> <p>✦ Ejemplo: Corre como un rayo.</p> <p>✅ Significa que corre muy rápido.</p> 	<p>Hipérbole</p> <p>🔍 Qué es: Es una exageración muy grande.</p> <p>✦ Ejemplo: Te he llamado un millón de veces.</p> <p>✅ No es literal, solo significa que lo llamó muchas veces.</p> 
<p>Personificación</p> <p>🔍 Qué es: Le da cualidades humanas a animales o cosas.</p> <p>✦ Ejemplo: La luna me hablaba de ti.</p> <p>✅ La luna no puede hablar, pero así parece más mágica.</p> 	<p style="text-align: center;">10</p> <p style="text-align: center;">FIGURAS LITERARIAS</p> 	<p>Eufemismo</p> <p>🔍 Qué es: Se usa una palabra más suave o bonita para decir algo difícil o feo.</p> <p>✦ Ejemplo: El abuelito pasó a mejor vida.</p> <p>✅ Es una forma más amable de decir que falleció.</p> 
<p>Ironía</p> <p>🔍 Qué es: Se dice lo contrario de lo que se quiere decir, a veces en tono burlón.</p> <p>✦ Ejemplo: ¡Qué puntual! Llegaste solo una hora tarde.</p> <p>✅ Se dice algo, pero en realidad se quiere decir lo contrario.</p> 		<p>Anáfora</p> <p>🔍 Qué es: Repetición de una o varias palabras al inicio de varios versos o frases.</p> <p>✦ Ejemplo: Yo quiero el sol. Yo quiero la luna. Yo quiero las estrellas.</p> <p>✅ Se repite "Yo quiero" al inicio de cada verso.</p> 
<p>Aliteración</p> <p>🔍 Qué es: Repetición de sonidos parecidos para crear un efecto musical.</p> <p>✦ Ejemplo: Mi mamá me mima mucho.</p> 	<p>Onomatopeya</p> <p>🔍 Qué es: Palabras que imitan sonidos reales.</p> <p>✦ Ejemplo: El gato hace <u>miau</u>, el reloj hace <u>tic-tac</u>.</p> 	<p>Epíteto</p> <p>🔍 Qué es: Se usa un adjetivo obvio que resalta una cualidad.</p> <p>✦ Ejemplo: La <u>blanca</u> nieve cayó del cielo.</p> <p>✅ "Blanca" es un adjetivo que resalta la cualidad de la nieve.</p>

Convocatoria de Primavera Revista Caminante 2026

La Revista Caminante convoca proceso de selección de cara a la publicación en los meses de verano y otoño de 2026 a escritores, poetas, fotógrafos, pintores, ilustradores, ensayistas, cuentacuentos, etc. Dicho proceso se desarrollará con respeto a las siguientes BASES

1. Podrá participar cualquier persona mayor de edad (18 años) señalando su lugar de residencia.
2. Los trabajos se enviarán al mail de la revista espejocaminante@gmail.com hasta el 28 de junio de 2026. Se admite archivos pdf, docx, jpg, tiff. O cualquier formato de imagen. Dichos trabajos deberán ir acompañados de una foto del autor/autora, que solo se utilizara, en su caso, para acompañar la publicación de los textos. Los autores se responsabilizan de la autoría de los mismos.
3. Los autores y autoras conservarán los derechos sobre los textos. El responsable del tratamiento de datos personales será el editor de la revista, pudiendo los interesados ejercer sus derechos en el mail de participación. La revista de creación literaria y gráfica Caminante es una publicación gratuita de carácter mensual con depósito legal **M-28293-2019 ISSN 2952-1378 Caminante (Madrid)**.
4. Podrán enviarse trabajos que hayan sido previamente publicados en la web, pero se recomienda que sean inéditos. El autor, en el mail de envío señalará dicha condición junto a su edad y lugar de residencia.
5. La extensión y temática de los textos es libre, pero deberá tener en cuenta que la revista consta solo de 32 páginas. Revista Caminante no ofertará temas a tratar, sino que deberán ser invención de los autores y autoras interesados en participar.
6. Los trabajos participantes serán objeto de selección por parte del editor de la revista, que no garantizará un mes concreto de publicación. Podrá consultarse y descargarse la publicación en la página web <https://www.escritordaniel.es/revista-caminante>.
7. No se admitirán trabajos que vayan en contra de los DDHH, o contra colectivos marginales o en exclusión social. La participación da derecho al editor a incluir al comunicante en la lista de correos de distribución de la revista, salvo oposición en contra.
8. En lo no dispuesto en estas bases, valdrá el criterio del editor, con respeto a la autoría de los textos, los datos personales y la distribución de la revista. Cualquier duda podrá plantearse en el mismo correo de la revista para envío de trabajos.



rafael_alcaz

Sugerencia para ti

Seguir



20 LEYES DE VIDA PODEROSAS

01

La acción vence al miedo.

02

Cambiar duele, pero estancarse más.

03

Escuchar es tan poderoso como hablar.

04

Lo que no se mide, no mejora.

05

Creer en ti es el primer paso al éxito.

06

Lo simple siempre triunfa.

07

Cada día es una oportunidad para empezar.

08

Rodéate de personas que te inspiren.

09

El aprendizaje nunca termina.

10

Decir "no" también es amor propio.

11

La disciplina supera al talento.

12

Ser auténtico es tu mayor fortaleza.

13

El fracaso es parte del crecimiento.

14

La energía que das, vuelve.

15

Los pequeños cambios generan grandes resultados.

16

La gratitud atrae más cosas buenas.

17

Tu mentalidad define tu camino.

18

Comparte conocimiento, es un legado eterno.

19

El presente es el único momento real.

20

La paciencia siempre paga.